

LA COCA Y LAS TRANSFORMACIONES SOCIOECONÓMICAS EN LA COMUNIDAD EMBERA- CHAMÍ DE LA CRISTALINA, ORITO, PUTUMAYO.

CAMILO HERNÁNDEZ
Antropólogo
Universidad Nacional

Introducción

En la década de los años sesenta del siglo XX llegó al Putumayo, municipio de Puerto Caicedo, la primera familia Embera-Chamí procedente del municipio del Dovio, Valle del Cauca, la cual, a su vez, procedía de la denominada zona Chamí del departamento de Risaralda, municipio de Pueblo Rico (familia de don Gerardo Nequirúcama). De acuerdo con la versión de las personas mayores, son varias las razones que atribuyen a la migración al Putumayo. Entre ellas, argumentan los ataques de jaibanás mediante “brujería”, quienes habían causado algunas víctimas entre las familias de la localidad y daños en cultivos y animales. Igualmente, mucha gente ya no tenía tierra donde trabajar o bien, vivían muy lejos de las cabeceras municipales donde comercializaban algunos productos agrícolas. De otra parte, las poblaciones de animales silvestres que se cazaban para la alimentación de las familias, se habían agotado.

El medio Putumayo, por ese entonces, conservaba las selvas originarias usufructuadas básicamente por Sionas, Ingas y Cofanes. De acuerdo con la política y visión estatal de la época (acogida por los inmigrantes), había mucho baldío en el departamento. Apenas se iniciaba la explotación del petróleo, no existían las carreteras que hay en la actualidad y la colonización no había derribado gran parte de las selvas del medio Putumayo.

A los pocos años de la llegada del señor Nequirúcama, arribaron otras familias Embera cercanas en parentesco, debido a la visita que le hizo un primo a don Gerardo, quien quedó entusiasmado con la región. Con el pasar de los años, y teniendo en cuenta las generaciones nacidas en el Putumayo, se han llegado a conformar nueve asentamientos Embera en el medio Putumayo con una población aproximada de 706 personas, según censo del año 2002 del cabildo de La Cristalina. Los Chamí¹ que migraron al Putumayo, encontraron una solución a la falta de tierras en sus lugares de origen, y de fauna silvestre para la alimentación, tal como lo ha sido para los Pastos, Yanaconas, Quillacingas, Paeces, Awás, Ingas y Quichuas, entre otros sectores indígenas.

¹ Se utiliza en este artículo de manera indistinta la denominación Embera o Chamí para referirse a la misma población, ya que Embera es una denominación general para esta etnia, la cual la componen diferentes sectores de población, entre ellos los Chamí, que corresponden a los Embera de la zona oeste de la cordillera Occidental, en particular, la población del departamento del Risaralda.

Durante tres décadas los Chamí vivieron de los cultivos de yuca, maíz, arroz, chontaduro, caña, yota, banano y plátano, así como de la cría de animales domésticos, destinando una parte de la producción al autoconsumo y otra a la venta en el comercio local y regional. En la década del noventa, por diversas razones, empezaron a sembrar coca dentro de sus espacios agropecuarios, cuando ya diez años atrás en el Putumayo habían iniciado estos cultivos una gran cantidad de colonos y algunos sectores indígenas, siendo una actividad promovida por los negociantes de la cocaína y del “bazuco”.

En la actualidad, se puede decir que la economía de la coca ha causado ciertas transformaciones sociales, ambientales, territoriales, económicas y culturales entre la población Chamí, así como entre los grupos étnicos aborígenes e inmigrantes de la zona sur-andina del país, y desde luego, en la gran población de campesinos, comerciantes y habitantes urbanos de la región.

Ahora bien, en el presente trabajo se exponen, grosso modo, las transformaciones económicas, sociales y territoriales acaecidas entre los Chamí que habitan en el resguardo de La Cristalina del municipio de Orito, como una muestra de los cambios ocurridos entre las poblaciones indígenas a raíz de la implantación y desarrollo de la economía de la coca y sus derivados en el medio Putumayo.

Transformaciones económicas

En 1993 algunas familias Embera Chamí empezaron a cultivar coca en La Cristalina, de acuerdo con su propia versión. No obstante, el vínculo de esta población con el ciclo de la producción de la coca data de fechas anteriores, pues dichos cultivos comenzaron en el Putumayo aproximadamente en 1983. Por ese entonces, los Embera se empleaban como jornaleros entre los colonos vecinos, realizando diferentes actividades en los cultivos y transportando insumos. De manera específica, ayudaron a tumbiar bosques y rastrojos para el establecimiento de los cultivos, y luego realizaron actividades de limpieza y cosecha en los mismos. Eventualmente, participaron en la producción de la base de la cocaína, llamada comúnmente “harina, pasta o bazuca”. Esta sustancia corresponde a una de las fases preliminares en la fabricación de la cocaína, la cual sólo se procesa en laboratorios especializados ubicados en determinados lugares de la selva y que la gente del lugar denomina “cristalizaderos” o “Chongos”. En general, indígenas y colonos no poseen este tipo de laboratorios debido a los altos costos en infraestructura y en precursores químicos, así como a la falta de manejo de los sistemas de trabajo, producción y comercialización de la cocaína. Su participación en el proceso sólo llega hasta la elaboración de la pasta o base. (Este producto, también se vende en ese estado, pues es el denominado bazuco, que tiene notable demanda en todo el país).

Hay que tener en cuenta que la introducción de los Embera en los cultivos de coca, no solo es el resultado del predominio de esta economía al nivel regional, y que le ha permitido a la mayoría de la población rural y urbana el manejo de un capital que antes no poseía, sino que, el incremento acelerado de las plantaciones de coca ha destruido gran parte de los bosques y los ecosistemas de la selva donde

residía la fauna que era fundamental para la subsistencia de los Embera. En consecuencia, de la gran selva que había en el piedemonte amazónico y en la altillanura del medio Putumayo hasta hace unas pocas décadas, en la actualidad únicamente quedan retazos entremezclados con innumerables cultivos de coca, rastrojos y fincas ganaderas.

Por lo tanto, se podría decir que algunos Embera alcanzaron a vivir en el Putumayo dos décadas largas como a ellos les gusta: selvas con venados, dantas, zainos, borugas, armadillos, micos, paujiles y ríos con abundancia de peces y tortugas. Igualmente, tierras suficientes para cada familia con una producción agropecuaria destinada al autoconsumo, y a la venta parcial en las cabeceras municipales y en ciertas zonas del campo para alimentar a la numerosa población asociada a los cultivos de coca.

Los primeros Embera que llegaron al Putumayo compraron “lotes” de selva que tenían entre 20 y 80 hectáreas, o bien, se ubicaron en zonas que no poseían aparentemente propietarios y que denominaban baldíos². Estos “lotes”, como los denominan en el lenguaje regional, y que en realidad son extensiones rurales y selváticas convertidas en fincas, pertenecían a colonizadores mestizos y blancos, así como a indígenas que también procedían de la zona andina pero que habían llegado con anterioridad, tal como los Awá, Nasa y Pasto. En el caso de La Cristalina, los primeros Chamí en llegar le compraron “lotes” a una familia Awá que residía en la zona. (Los Awá, procedentes de Nariño, empezaron a llegar al Putumayo a partir de 1950).

Los Embera Chamí de Risaralda y del Valle del Cauca (cuenca del río Garrapatas en el caso del Valle del Cauca), se hallan en dichos departamentos inmersos y vinculados en gran medida a la producción agropecuaria, que es preponderante en la población no indígena. En esa parte de la cordillera occidental practican una economía de tipo campesino en el contexto de la pequeña finca que produce principalmente café, caña, fríjol y cacao, productos destinados al comercio nacional e internacional. Desde luego, y por tratarse de sociedades indígenas, también tienen otros cultígenos cuyos productos, de manera preferencial, son para el autoconsumo, cuando pueden disponer del espacio suficiente para ello.

Los Chamí están acostumbrados y vinculados notablemente a los circuitos comerciales regionales. Se sabe que desde la colonia fueron utilizados por los españoles en las rutas de transporte de mercancías que unían a Cartago y Anserma, área del río Cauca, con las zonas mineras del San Juan y el Atrato en la entonces provincia del Chocó.

Ahora bien, la colonización “paisa” hacia el oeste de la cordillera Occidental, territorio ancestral de los Chamí, data de mucho tiempo atrás. En concreto, los

² Desde el punto de vista del colonizador, indígena o campesino, el medio y bajo Putumayo era visto como baldío, aunque, desde luego, era la selva de los Cofanes, Ingas, Coreguajes y Sionas, principalmente. No obstante, esta concepción sobre dicho territorio fue promovida por el Estado al considerarlo apto y estratégico para la colonización por parte de la población rural desplazada de la zona andina, y, como una forma de hacer presencia nacional en zonas de frontera, teniendo como referencia y antecedente el conflicto limítrofe con el Perú.

Chamí de Risaralda, Caldas, Valle y Antioquia, desde hace mucho tiempo se encuentran influenciados y dominados por la economía de mercado de la denominada población “paisa”.

Debido a estos antecedentes, los Chamí que llegaron al Putumayo empezaron por sembrar café, cacao y frijol con el fin de vender tal producción en el mercado regional, lo cual, desde luego, fue un fracaso en términos agronómicos y comerciales. Agronómicos, porque el clima y los suelos son diferentes a los de la zona cafetera. Y comercial, porque además de la baja productividad de dichos cultígenos, no era la región donde se vendían y compraban tales productos en las proporciones que ellos esperaban. Frente a esta situación, los pocos Chamí que habitaban en el medio Putumayo en ese entonces, decidieron cambiar de estrategia productiva y comercial. Veamos lo que dice al respecto don Tiberio Yagarí, hombre mayor de La Cristalina:

“Cuando se me fracasaron todos los cultivos que ensayé, café, cacao, etc., compré ganado y producía 25 botellas de leche al día y de eso vivía, con 5 vacas. Y la leche se vendía en el pueblo. Cuando había necesidad de ropa, fiestas, vendía un ternero y así me defendía. Yo tengo ahora 30 hectáreas en total..., vino el INCORA y me ofreció plata para ganado; me prestó \$260.000, y después \$350.000 porque yo soy cumplidor. Ahora tengo 18 cabezas de ganado. Antes de la coca vivía de la leche y de la venta de huevos”.

Igualmente, en la década del ochenta, el IDEMA (Instituto de Mercadeo Agropecuario) le compraba a los indígenas y campesinos la producción de arroz, plátano, maíz y soya. Para ello, dicho instituto instaló unas bodegas y maquinaria procesadora en Puerto Asís y la Hormiga. Con la desaparición del IDEMA en 1992 se redujo de manera notable para los indígenas y los campesinos la posibilidad de vender sus productos, y, con ello, la opción de obtener algo de dinero para el cubrimiento de las necesidades familiares.

Ahora bien, en el Putumayo, y tal como lo hacen en la cordillera Occidental, los Chamí, eventualmente, venden su fuerza de trabajo como jornaleros en las fincas de la región con el fin de ganar algo de dinero, pues con la comercialización de los productos agropecuarios propios no alcanzan a cubrir sus necesidades. Por ello, el jornaleo siempre ha sido una actividad complementaria importante.

A raíz del conflicto colombo-peruano en la década del treinta del siglo XX, por el piedemonte amazónico en el Putumayo y el Caquetá se abrieron carreteras con el fin de transportar tropas y pertrechos, y de establecer soberanía mediante puestos militares y con la colonización en las zonas de frontera. Igualmente, en la década del sesenta con la exploración y explotación del petróleo por parte de la Texas Petroleum Company, en el medio Putumayo se incrementó la construcción de otras carreteras hacia las instalaciones correspondientes. Aparejado a este pro-

ceso llegaron personas y familias con el propósito de montar fincas ganaderas en las áreas aledañas a las nuevas vías de penetración, pues el ganado en estas zonas, lejanas a los grandes centros de consumo, era el único producto rentable para los capitalistas del campo en comparación con los bienes agrícolas.

Obviamente, el desbroce de la selva para la instalación de praderas de pastos demanda en un principio notable fuerza de trabajo. En ese entonces, el interesado hacía un contrato con un individuo, quien se comprometía a tumbar, por ejemplo, 30 hectáreas de selva, y sembrar dicha área con pasto. Y, allí, estaban los Chamí dispuestos a trabajar un tiempo determinado subcontratados por quien había adquirido tal compromiso.

Para el Chamí, la alimentación de la familia no fue un problema, con, obviamente, algunas excepciones. Pero, el dinero si escaseaba. Y el que se lograba conseguir implicaba notables esfuerzos por el trabajo mismo de la producción agropecuaria, la lejanía de los sitios de venta, el transporte de bienes del campo en mulas o a la espalda por caminos montañosos y pantanosos, y el bajo precio de venta en los mercados locales. Esta situación, fue otro de los factores para que los Chamí se pasaran a los cultivos de coca. Un indígena de La Cristalina dicen al respecto que,

“Antes de la coca la agricultura era de maíz y arroz para defender la ropa, pero la plata era poquito que generaba. Antes se conseguía la plata con maicito, pero eso si era luchando, como con los ojos cerrados. No gana nada. Antes, cuando había cacería, mataba yo hasta dos borugas (Agouti paca), una dejaba para la casa y otra sacaba a vender al pueblo”.

“Costaba un flete de maíz \$20.000... y la cosechada? y la desgranada?... , no gana nada. Más la zocola, la siembra y la derriba, tampoco. Y el maíz a veces compraban o tocaba dejar botado por allá porque no compraban”.

“Para nosotros fue mejor la coca porque una carga de maíz vale \$40.000 y en cambio la coca vale más. Con plata de la coca la gente compraban ropa, televisores, plantas... , cositas... la coca trajo sobre todo cosas buenas. De malo..., tal vez gente que robaba pero esos los matan, robaban marranos, gallinitas, la gente que tiene vicio de bazuco”.

“Antes era muy difícil conseguir dinero; con la coca también hay que lucharlo pero es más fácil. ¿Qué puede pasar entonces con la juventud si el gobierno acaba con la coca?. Hay es donde pueden aprovechar los grupos al margen de la ley. Ellos si tienen vestido, comida y todo”.

En síntesis, antes de que se expandiera el cultivo de la coca en el medio Putumayo, la existencia de los Embera se desarrollaba de acuerdo con un estilo de vida que combinaba la pesca, la cacería, la agricultura, y la cría de gallinas, marranos, y ganado vacuno eventualmente, destinando una parte de dicha producción al autoconsumo y otra a la venta al nivel local y regional.

Panorama económico en el contexto de los cultivos de coca.

Los Embera se iniciaron en el cultivo de la coca dentro de sus propios predios cuando ya ésta producción llevaba diez años en el Putumayo. Un indígena se refiere a tal momento, de la siguiente manera:

“Cuando menos pensamos, la gente dijo (los colonizadores), nosotros necesitamos trabajadores para sembrar la coca. Y uno de pobre, trabajaba. Y le gustamos porque dan buena papita y no hay que derribar sino quitar maleza que es trabajo suave³. Y por ahí los vecinos nos regalaron la semilla y ahí prendimos el tizón también. Nosotros no sembramos harto, por mucho nosotros libra y tal vez kilo⁴. Nosotros no cogemos la platica pero en cambio los colonos, dos mil..., hasta siete mil arrobas cogen. En 1999 vale \$2.000 el gramo de base, la pasta”.

No todas las familias Chamí empezaron a sembrar coca el mismo año. Lo fueron haciendo de forma escalonada a partir de 1993 según decisiones particulares, de tal manera que hubo familias que iniciaron sus cultivos en el año 2001. Por ende, sólo alcanzaron a recoger las cosechas de un año, antes de las fumigaciones del año 2002 por parte de la policía antinarcóticos. Para algunos, no fue del todo necesario tener cultivos propios. Muchas familias lograban sobrevivir como “raspachines” (recolectores de hoja) ya que ese tipo de trabajo abunda en la región. Incluso, en los cálculos económicos y laborales, algunos consideran que es tan rentable ser “raspachín” como propietario de un cultivo pequeño, pues un “raspachín” experto gana hasta \$30.000. diarios, cantidad correspondiente al año 2002. Tratándose de los indígenas, que no laboran en este oficio de manera permanente, no se puede hacer un cálculo de ingresos mensuales en tal sentido. No obstante, es significativo el ingreso así sea esporádico, pues antes de la coca, el jornal en otras actividades agropecuarias máximo llegaba a los \$12.000. diarios.

El propietario de una hectárea de coca obtiene cada tres meses, con ocasión de la cosecha de hoja, \$1'000.000. en promedio⁵. En consecuencia, el “raspachín” en relación con el pequeño productor tiene una notable ventaja, pues se evita todos los costos, trajines y compromisos derivados del mantenimiento y aprovechamiento del cultivo. Esta es, evidentemente, una importante razón por la cual muchos Embera permanecieron como jornaleros durante un periodo prolongado⁶. De igual forma,

³ El desyerbe de los cultivos de coca se hace con agroquímicos, utilizando una bomba manual. Por ello, el indígena dice que es un trabajo suave, pues está acostumbrado a derribar la vegetación con machete y hacha.

⁴ Hace referencia a la cantidad de pasta de coca que se obtiene de una determinada cantidad de arrobas de hoja de coca, que es una de las medidas de productividad de los cultivos: libras o kilos de pasta.

⁵ Es evidente que los ingresos derivados de la coca varían mucho de un cultivo a otro, dependiendo ello de múltiples razones. Variedades, tipo de suelos, inversión en insumos y edad de los cultivos, son factores importantes que se reflejan en los ingresos.

⁶ En la actualidad los Embera están participando de los programas agropecuarios que ofrece el Plan Colombia para la sustitución de los cultivos ilícitos. De otra parte, las fumigaciones con glifosato han desanimado a muchos cultivadores de coca, pero, debido a la falta de otras opciones económicas, vuelven a sembrarla en el Putumayo o en otro lugar. Los Embera y otros indígenas, en la actualidad, finales del año 2002, no tienen coca, debido a las razones anteriores. Pero tampoco otras opciones económicas, pues los programas del Plan Colombia aún no logran alternativas para la gente del campo y la selva. Por ello, en este documento se habla de los cultivos de coca y sus actividades afines en tiempo pasado, pero en realidad no es más que un periodo de incertidumbre. Pasadas las fumigaciones de agosto y septiembre del año 2002 por parte de la policía antinarcóticos en el Putumayo, ya mucha gente de la selva y de la zona rural ha vuelto ha sembrar coca. Es posible que los indígenas poco a poco se vuelvan a vincular de manera directa o indirecta con esta economía, si los programas del Plan Colombia no dan los resultados esperados, lo cual es muy posible. Por ello, hablar en pasado de la economía de la coca entre los Embera, sólo es la consonancia con un momento específico en que el Estado fumiga y de manera simultánea ofrece alterna-

un factor importante, consistía en el mismo sistema de producción, en términos sociales, empresariales, de organización del trabajo y del capital. Sembrar coca implica, entre otras cosas, el montaje de un sistema con alta inversión de capital, contratación asalariada, mentalidad capitalista, contacto con proveedores de insumos, intermediarios y compradores, propiedad individualizada y relaciones laborales basadas en la libre asociación, todo ello extraño y en cierto sentido contradictorio a los sistemas tradicionales de los indígenas. Por tales razones, los Chamí sólo han tenido cultivos reducidos, amén de otras razones, como lo veremos más adelante.

No obstante dicho panorama, se fueron presentando diferentes situaciones que en un momento dado indujeron a los Embera a entrar en la producción de la hoja de coca y de la base de la cocaína. Entre ellas, podemos considerar las siguientes: a) En la década del noventa la economía de la coca ya era predominante en el Putumayo. El dinero, mucho o poco, frecuente o fluctuante, corría por todos los sectores sociales y económicos, pues no solo los diversos productores directos (que iban desde los cultivadores hasta los que preparaban la cocaína) obtenían capital, sino que este, obviamente, circulaba en otros renglones de la economía regional, pues se invertía en construcción, almacenes de ropa, bares, ganadería, compra y venta de tierras, carros, motos, electrodomésticos, ropa; o simplemente se derrochaba en discotecas y zonas de prostitución. b) El narconegocio se vuelve tan común en el Putumayo, tan cotidiano y corriente, que adquiere el carácter de legítimo entre la población del departamento, pues, a fin de cuentas, es la economía que finalmente les permite cubrir total o parcialmente diversas necesidades hasta entonces precariamente satisfechas. El hecho de que la gente pueda darle educación a sus hijos, comprar la ropa deseada, mejorar la vivienda y comprar una buena remesa de víveres en el pueblo, entre otras cosas, facilita que en el campo moral, ético y judicial consideren la economía de la coca como legítima a pesar de los discursos y las acciones estatales de tipo condenatorio y represivo. Este ambiente de legitimidad que se vive en la región le quita el miedo a los Embera de entrar a cultivar coca. c) La acelerada y vasta destrucción de la selva debido a la colonización agropecuaria, y en mayor medida por la siembra interminable de la coca, colapsan los ecosistemas de bosque que albergaban la fauna y la flora que era fundamental, de manera directa o indirecta, para la supervivencia de los indígenas. En concreto, muchas especies de maderas finas para la venta, así como la fauna mayor decrecen o se extinguen en la región. En consecuencia, la situación de supervivencia de los indígenas se agrava, pues si antes de la coca había comida y poca plata, ahora, menos comida y menos plata, ya que no pueden consumir fauna silvestre, como tampoco venderla a manera de carne en los pueblos. Por el contrario, tienen que comprar lo que antes adquirirían solo invirtiendo una parte de su trabajo diario.

tivas. La población indígena dice renunciar a los cultivos de coca pero ese acuerdo con el Estado puede cambiar en poco tiempo. Incluso, es factible que algunos indígenas ya estén trabajando como jornaleros en la restauración de los cultivos de los campesinos y de los cultivadores de coca que residen en zonas urbanas, dado que la gente en la actualidad se encuentra sin dinero, situación que no puede prolongarse por mucho tiempo.

En resumen, en la región se dieron cambios profundos en el medio ambiente, en la composición social, en la densidad demográfica, en el estilo de vida y en la economía, y los sectores indígenas quedaron inmersos en estos procesos.

Ahora bien, un aspecto importante en la comercialización de los productos del campo, es el transporte. Muchas comunidades y familias en el Putumayo residen en lugares lejanos a los pueblos. El acceso a dichas comunidades puede durar varias horas y se hace a través de caminos que van por colinas y hondonadas pantanosas, en muchos sectores. Cargar con un kilo de “pasta de coca” hasta el pueblo para venderlo por varios miles de pesos hace una diferencia notable respecto a sacar madera o bultos de arroz que requieren de mulas y grandes esfuerzos de la gente. Es posible imaginar el efecto en una familia indígena que va por el camino cargada, sudorosa y sin dinero, cuando ve pasar airosos a otros coterráneos con un maletín liviana lleno de “pasta de coca o de billetes grandes”.

A las anteriores causas y circunstancias se pueden agregar las siguientes: al imponerse la economía de la coca en toda la región, se generó un incremento en los precios de los artículos y de algunos servicios, precios que no resistieron las economías agropecuarias tradicionales. Esta inflación se convirtió en un factor que obligó a la gente entrar en el negocio de la coca. De otra parte, la coca genera ingresos frecuentes (cada tres meses hay cosecha de hoja de coca), la compra esta asegurada, el trabajo es más suave (se trata de mantener un sólo cultivo con agroquímicos y se suspende el sistema de rotación de cultivos), la pasta de coca se transporte sin esfuerzo, el pago es inmediato y genera más capital que otros productos.

Frente a estas circunstancias, y arrollados por la corriente de derroche, comodidad y consumo, los Embera se decidieron sembrar coca. En relación con tal momento, un indígena dice lo siguiente:

“Nosotros ahora último pues, empezamos a sembrar coca. Usted sabe que el indígena es muy cobarde; en ese tiempo las leyes que persiguen. Entonces tenía miedo de sembrar coca. Entonces el colono le dice: no, no sea pendejo usted, usted indígena siembre su coca, como nosotros estamos sembrando, así mismo usted también. Y así aconsejan los colonos, y así consigue una semillita para sembrar cualquier matica. Por eso mayor cosa no tenemos lo que es indígena. Usted sabe que los indígenas fuéramos como los blancos, íbamos a tener carros en el pueblo, casa en el pueblo...y nosotros no tenemos nada, ni siquiera casa en el pueblo”.

En la actualidad (año 2003), ya no hay prácticamente cultivos de coca debido a las fumigaciones del 2002 y 2003. Lo poco que se salvó está siendo erradicado de manera voluntaria y manual, pues es la decisión de la comunidad y del cabildo a fin de recibir los beneficios del Acuerdo Mutuo⁷, y para evitar una nueva fumiga-

⁷ En julio del 2002 la OZIP (Organización Zonal Indígena del Putumayo) firmó con el gobierno nacional el llamado “Acuerdo Mutuo, Raíz por Raíz, por la Pervivencia de los Pueblos Indígenas”, que, grosso modo, consiste en la declaratoria de erradicación manual, voluntaria y gradual de los cultivos de coca por parte de las comunidades indígenas a cambio del apoyo en la producción agropecuaria, el fortalecimiento institucional, la recuperación y refuerzo de la identidad cultural, la transformación y comercialización de productos domésticos y silvestres y la titulación y ampliación de resguardos.

ción en el resguardo, dadas las consecuencias sobre toda la vegetación y las aguas. La lluvia de glifosato desde las avionetas de la policía antinarcóticos acabó con pastizales, plataneras, yucales, rastrojos y frutales. La hambruna que se presentó después de las fumigaciones ha cambiado el parecer de los indígenas en relación con su preferencia por los cultivos de coca. Por ello, están tratando de retornar a los cultivos tradicionales ya que garantizan la alimentación y algo de capital mediante la venta en Orito de una parte de los productos agropecuarios.

Transformaciones sociales

Es común escuchar entre los indígenas que la “coca trajo mucho individualismo en las comunidades”. Este argumento es acertado si se compara la organización del trabajo antes y durante el periodo de los cultivos de coca. Veamos algunos aspectos socioeconómicos al respecto:

La participación social en la producción del maíz, por ejemplo, implica, en algunas fases, el trabajo conjunto de varias familias nucleares, aunque, en principio, el cultivo sólo pertenezca a una de ellas. En la preparación del terreno es necesario que varios hombres (hermanos, primos, cuñados, vecinos, etc., en relación con el dueño del predio) se encarguen de zocular y tumbar la vegetación. En concreto, se deben hacer mingas para esta fase agrícola. Las mujeres (cónyuges, hijas, primas, nueras, etc.) preparan bebidas y comidas y las reparten entre los participantes. En la cosecha, igualmente participan los familiares más cercanos, quienes además de contribuir a la recolección, se llevan para sus hogares una parte de la cosecha. Ahora bien, estas fases agrícolas se suceden en todas las familias lo cual crea una gran dinámica social cuya trama es propicia para las diversas expresiones culturales, los arreglos conyugales y productivos, la solución y el desarrollo de conflictos y la planeación social, entre otras cosas. Es decir, son tejidos y espacios dinámicos que animan y recrean cultural y físicamente a un determinado sector de población. Todo ello, sólo es posible con la convergencia social en determinadas actividades productivas.

De otra parte, la interacción comunal no sólo llega hasta las fases agrícolas. Socialmente es muy importante la etapa del consumo, puesto que se generan espacios festivos, religiosos e intra-familiares y de vecindario. Con la abundancia de maíz se desarrolla una gran dinámica social de diferentes niveles y magnitudes. En el campo religioso se puede manifestar en el calendario ceremonial y festivo desde lo familiar hasta lo macro - social. Las chichas son centrales, por ejemplo, en los rituales de curación y de ordenamiento social. Las familias desarrollan actividades ceremoniales dado que hay suficiente chicha para ofrecer a los concurrentes y a los seres sobrenaturales. Igualmente, la movilidad se incrementa, pues las visitas familiares (de consanguíneos y afines) se dinamizan notablemente dada la abundancia de alimentos y bebidas. Es obvio que alrededor de una cosecha, una determinada sociedad se recrea y se integra de diversas maneras. El capital o el bien obtenido por el trabajo familiar/comunal es re - invertido socialmente. Por decirlo de alguna manera, mediante los eventos religiosos, festivos y de vida cotidiana, lo

que ofrece una familia a otras y estas a otras y así sucesivamente en una red inter-familiar e interconectada por reciprocidades, hace que el producto termine por consumirse en las redes sociales de un determinado sector de población, descontando, desde luego, la parte que va al comercio local o regional.

Ahora bien, ¿qué pasa con esta integración y dinámica social centrada en la producción agrícola cuando uno de los principales cultivos es la coca? Puede que el trabajo comunal se mantenga ya que es necesario, igualmente, preparar el terreno, sostener el cultivo y cosechar. Pero hay dos agravantes, a primera vista. En primer lugar, no se está sembrando comida, lo cual hace decrecer la interacción social, pues en la cosecha no hay nada que llevar, preparar y ofrecer. Aquí, de alguna manera se interrumpe o resquebraja la dinámica que se genera con las invitaciones y festividades que giran alrededor de una cosecha, que es la comida para los humanos y los seres sobrenaturales.

En muchos casos, las mingas continúan después de la jornada agrícola pues la gente se reúne en la casa del anfitrión donde sigue bebiendo y comiendo. Ahora, escasean las mingas de este tipo y abunda el sistema de jornal. Es decir, el trabajo individualizado pagado a cada persona en pesos por la realización de diversas actividades en los cocales.

De otra parte, y de acuerdo con lo que dicen algunos indígenas, el dinero obtenido, a veces se invertía en la compra de electrodomésticos. Algunas familias se dedicaron a ver televisión en sus respectivas casas, a diferencia de las noches grupales de bebida, comida, conversación o ceremonia, cuando predominaban las narraciones, los mitos, los cuentos y los rituales.

Dado que la gente tenía dinero, permanecía más tiempo en el pueblo donde lo gastaba bebiendo cerveza, principalmente los hombres, situación que generó malestar familiar y social en la comunidad. A esto, desde luego, hay que sumar las pérdidas en vidas humanas al nivel regional (no en La Cristalina) debido a las borracheras y conflictos en los pueblos. Bien dicen los mayores que “la coca no ha traído nada bueno”.

El Jornal como sistema de Trabajo

En términos laborales, uno de los mayores cambios en la organización social fue la introducción del trabajo asalariado. Los Chamí estaban acostumbrados a vender su fuerza de trabajo en el montaje y mantenimiento de fincas de la región cuyos propietarios no eran indígenas. Ahora, bastaba tener una hectárea de coca para requerir cada tres meses en la cosecha de la hoja de por lo menos diez trabajadores durante cuatro días. Todos los recolectores eran miembros de la familia y de la población Chamí. Tal como fue referido en un aparte anterior, hasta los niños y los ancianos participaban, recibiendo un pago determinado por cada arroba recogida, generándose, entonces, un incremento del trabajo asalariado entre los Chamí (habían cosechas frecuentes) y ampliándose los rangos de edades en términos de esta labor. De manera general, se podría decir que con los cultivos de coca se incrementa el trabajo asalariado entre los Chamí a cambio de la minga familiar

y el pago en dinero a diferencia de la compensación con un porcentaje de la cosecha. Claro está que con el arroz también se pagaban jornales al interior de la comunidad, pero eran menos frecuentes las cosechas y los niños y los ancianos prácticamente no participaban de manera directa en las labores correspondientes.

De otra parte, con los cultivos de coca se generaron unas modalidades de asocio que no tenían antecedentes en la localidad. Así por ejemplo, dos hombres de distintas familias se unían para la siembra de una hectárea de coca aportando uno la tierra y el otro las semillas. En primera instancia, uno de ellos es miembro de una familia que prácticamente no dispone de tierras para todos los hijos mayores, pero que en este caso aporta las semillas a un socio con tierra, insumo de gran valor dado el alto costo de las mismas, lo que da paridad en este caso y permite que vayan aprovechando de manera alternada las cosechas. Además, es una forma de repartirse los beneficios entre gente que, mal que bien, practica la solidaridad, propicia condiciones de convivencia étnica, y se distribuyen las cargas del trabajo y las responsabilidades que implica la tenencia de un cultivo que demanda atención y capital de manera permanente.

Así, debido a los altos costos, a la carga de trabajo que demanda un cultivo de coca y al hecho de que produjera más capital que otros cultígenos y de manera más frecuente, permite que se generen entre los Chamí los sistemas de asocio, sobre todo entre miembros de una misma familia, tal como padres con hijos, hermanos con hermanas y entre primos hermanos, amén de otras modalidades. No obstante, también se presenta, y con harta frecuencia, cultivos individuales que pertenecen a diferentes miembros de una familia. Así por ejemplo, en una o dos hectáreas hay un sector que le pertenece al padre, otro a la madre, otros a los hijos, aparentemente no diferenciados en el espacio, pero reconocidos por sus propietarios.

Las sociedades se justifican en gran medida por el apoyo en fuerza laboral y aporte en capital, cuando el cultivo es de carácter comercial. Entre los Chamí prevalece la sociedad de trabajo que distribuye beneficios, diferente al sistema donde un solo propietario contrata trabajadores y obtiene la mayor parte del capital. Esto se debe, quizás, a una tradición donde prevalece el trabajo familiar, y donde, además, los vínculos con otros parientes son importantes social y económicamente. Es decir, que impera el bien compartido sobre el bien individual, dada la composición de consanguinidad de la unidad social de trabajo, aun con la coca, pues no son, exactamente, economías capitalistas. Un factor importante entre los Chamí es que conforman territorialmente sectores que sólo ellos habitan y donde la solidaridad, la familiaridad y la similitud en el modelo de vida, permite que no impere la economía desigual y personalizada que se propone una capitalización propia e independiente con base en el aprovechamiento de la fuerza de trabajo asalariada. Es decir que, si un vecindario está conformado por familiares consanguíneos y afines con un modelo social, económico y cultural compartido, permite que se generen dichas sociedades donde los integrantes reciben beneficios de manera equitativa.

De otra parte, las mujeres empiezan a tener cultivos, o figuran en alguna forma de asocio, pues si antes de la coca ellas lograban un capital propio criando gallinas

y cerdos, ahora que no es posible tener como antes tales animales, por lo menos en las cantidades deseadas, entran a poseer cultivos en la heredad de los padres o en la tierra de la familia conyugal, retomando de esta manera la posibilidad de contar con un capital propio. De acuerdo con lo que dice Livaniel, gobernador de La Cristalina en el año 2002, algunas mujeres tenían cultivos de coca y hacían parte de las sociedades porque aportaban cocinando para los trabajadores del cultivo. Igualmente, el hombre y la mujer se asociaban por lo que significaba el apoyo mutuo para sembrar una o dos hectáreas de coca.

Así, los altos costos de instalación y mantenimiento de un cultivo de coca, conllevó a que los Chamí utilizaran el sistema de “a medias” que tiene varias modalidades tales como semillas y tierra, tierra y remesa, y tierra más trabajadores y remesa. En este contexto, la remesa juega un papel importante pues representa un buen aporte en capital dado que es necesario alimentar a quienes hacen el mantenimiento del cultivo, más la gran cantidad de comida que se reparte durante la cosecha, ocasión que requiere de la participación de más trabajadores. Es tan importante este aporte que una persona, aún teniendo tierra, se asocia con otra que también tiene, para encargarse de los víveres que demanda el mantenimiento y aprovechamiento del cultivo. Así lo expresaba un informante:

“Las sociedades de trabajo se llaman “A medias”. Por ejemplo, usted pone comida y yo pongo trabajo y siembra. Así se hacía por acá. Si yo tengo una parcela, yo busco un cliente, una persona..., usted le dice, yo le doy remesa, le doy comida y le ayudo con un trabajador para que usted prepare el terreno y siembre la coca. Luego en la siembra, igualmente; o sea, que ese cultivo queda a medias con el propietario de la tierra”.

“...La sociedad a medias es importante porque aunque yo tenga tierra, no tengo de pronto el recurso (\$) de meter mis propios trabajadores y sembrar porque eso requiere tiempo, dinero para pagar jornales. El jornal se puede pagar a \$12.000. con comida”.

Los dueños de algunos supermercados de Orito ofertan crédito en víveres a los cultivadores de coca. Bultos y más bultos salen de manera permanente de estos locales con destino a la zona rural y selvática de la región. Los fines de semana cuando indígenas y campesinos han vendido la “merca” en el pueblo (aún quedan unos pocos cultivos en las comunidades), van cancelando tales deudas. Muchas familias llenan las calles y los almacenes, pues hasta los niños tienen su propio dinero que gastan en ropa, relojes y golosinas. El padre, compra remesa para la casa, a lo mejor, paga la cuota de la motocicleta y del televisor, y, seguramente se emborracha en una de las tantas cantinas llenando la mesa de cervezas de envase desechable hasta que su mujer lo coge y lo guía en las horas de la tarde hasta la “chiva” que lo lleva a la vereda, si no es que se queda varios días bebiendo en el pueblo. En algunos casos, al final de este festín debe pedir prestado dinero para el pasaje de retorno, así como a los pocos días volver a fiar la remesa para los trabajadores, y agroquímicos en grandes cantidades. Los comerciantes, con el dinero que dejan los indígenas y campesinos en sus negocios, compran casa, - bien sea en Cali, Pasto, Neiva, Popayán o

Bogotá -, carro, finca ganadera en la región, los hijos se educan en las universidades de estas ciudades y todos viven satisfechos, gordos y orgullosos.

Consideraciones finales

El gobierno nacional, a partir de las exigencias de los pequeños cultivadores de coca del Putumayo, durante los diversos “paros cocaleros del sur del país” ha adelantado desde hace aproximadamente 8 años, diversos programas para lograr la erradicación de este cultivo, entre los cuales se cuentan pagos en efectivo por hectárea abandonada y proyectos agropecuarios, básicamente, todos ellos, fracasados en sus objetivos. En la actualidad, como ya fue referido, con los indígenas se viene desarrollando el “Acuerdo Mutuo, Raíz por Raíz, por la Pervivencia de los Pueblos Indígenas del Putumayo”, y con los campesinos, los “Pactos Sociales”. Durante un año le han venido entregando a cada familia campesina que se acogió a los pactos, un par de vacas, unos cerdos o gallinas, cuyes, peces o cabras en algunos casos y algo de insumos y semillas, todo ello por el valor de \$2'000.000. por familia. Aún no es el momento de evaluar este programa porque en septiembre del 2002 se estaba concluyendo la entrega de dichos bienes. Igualmente con los indígenas, pues apenas se está empezando la ejecución de los proyectos agropecuarios, culturales y de infraestructura.

El gobierno de Pastrana centró la política antinarcóticos en las siguientes estrategias: 1) Interdicción terrestre y aérea. Es decir, ataque a los medios de transporte que se utilizan para sacar la droga de la región y control a la entrada de insumos. 2) Fumigaciones a cultivos. 3) Programas de desarrollo agropecuario y de servicios sociales y públicos acordados a partir de los diversos “paros cocaleros”. 4) Guerra contra los sectores armados, en particular con las FARC, a quienes se acusa del manejo de tal negocio en la Amazonía. A estas estrategias se debe añadir la que no figura en los papeles y que consiste en la fumigación a la producción agropecuaria, como una forma de atacar el sustento de la población para expulsarlos de la región, lo cual, tampoco le ha dado al gobierno los resultados esperados, pues la gente vuelve y siembra de todo en la misma zona, o parte a otro lugar de la geografía nacional a continuar con la misma economía.

En el cielo, helicópteros artillados protegiendo las avionetas que sueltan lluvias de glifosato. En tierra, por las carreteras, praderas y bosques se ven, en ciertos lugares, interminables filas de combatientes de diversos bandos ejerciendo control sobre determinados territorios. Igualmente, entran del Caquetá, Nariño y Huila filas de camiones cargados de ganado, tejas, tazas sanitarias y pollos de celda para los indígenas y los campesinos. Vacas que se mueren “mareadas” como dicen los campesinos, seguramente por el calor del Putumayo y por los pastos regados con glifosato. Tazas sanitarias que se convierten en materas de plantas ornamentales en los jardines de las casas campesinas. En los salones de las sedes de las casas institucionales de los pueblos, expertos agropecuarios y forestales exponen a indígenas y campesinos, a veces en lenguaje técnico incomprensible, las ventajas de sembrar árboles, palmas de chontaduro para palmitos, yuca para producir “chips”

para concentrados, cerdos con muslos que tengan un centímetro de grasa para fabricas nacionales o extranjeras de productos cárnicos de empacado al vacío, chontaduros en encurtido, pimienta, vainilla y pulpas de copoazú, guaraná y arazá (frutos amazónicos), entre tantas otras cosas, que no se sabe qué escoger.

Una hectárea de yuca al año le produciría al campesino o indígena \$600.000, una de caucho, \$2´000.000 anuales, una de chontaduro para palmitos, \$1.000.000 mensuales. Y una buena cochera de cerdos de pasarela, \$1´000.000 mensuales. Hay ofertas buenas, regulares y fuera de lugar, en diversos sentidos. Una hectárea de coca puede producir cada tres meses \$2´000.000., pero no deja de ser cierto que a estos dos millones hay que descontarle la muerte de gran cantidad de indígenas y campesinos a manos de los grupos armados que se rentan de la coca y las fumigaciones que han acabado con la vegetación, impactando de manera negativa la fauna silvestre y doméstica, entre otras cosas.

Hay que tener en cuenta que los grupos armados están obligando a los indígenas y campesinos a continuar o mantener los cultivos de coca. La guerrilla no acepta la erradicación pero sí que reciban, y lo más pronto posible, las ayudas del Estado, pues consideran, seguramente con toda la razón, que las cosas no van a variar por dos vacas entregadas a cada familia, en cambio la gente y ellos sí se las pueden comer. Los paramilitares se apoderaron de una parte del narconegocio. Por ello, lucen buenas pintas ("zapatillas" de \$400.000) y motos último modelo. Comentan que en las zonas que están bajo su dominio, le dicen a los indígenas y campesinos, que si no siembran coca hagan sus maletas y se marchen a otro departamento.

Por las carreteras petrolizadas de Orito, Valle del Guamuez y San Miguel (estos municipios junto con Puerto Asís son los que tienen más cultivos de coca en el Putumayo) se ven pasar camperos y camiones con plántulas para transplantar a tierra firme de cedro, amarillo, granadillo, achapo (maderas finas), chontaduro, plátano y las ultimas variedades de coca, tales como la Tinga y la Boliviana. Unas vienen de viveros de Corpoamazonía y Corpoica, otras de los tantos cultivos de coca de la región. En esta competencia, desde el punto de vista de las instituciones y, desde la visión de mucha de gente del campo y la selva, qué economía llegará a predominar?

Un funcionario le pregunta a una señora que reside en una vereda cercana a la cabecera municipal de Orito -, mientras organiza un semillero de coca y el hijo le da leche a un ternero recientemente parido por una vaca traída del frió Valle de Sibundoy y muerta ayer -, si ella y su familia pertenecen a un cabildo indígena, o bien, a la junta de acción comunal de los campesinos o colonos. Ella dice que se anotan en todas las listas que traen los funcionarios y los líderes locales. Por lo tanto, no sabe si son lo uno o lo otro o ambas cosas, pues se trata de no perder nada de lo que ofrecen las instituciones, así algunas cosas no se acomoden al lugar o al momento. Ríe con gusto, pues la causa mucha gracia su normal astucia y desenfado espontáneo, frente a la invención y al desconcierto del funcionario.

¿Cuál será la identidad de un indígena Awá que llegó al Putumayo como colono, se casó con una mujer “blanca”, tiene una finquita de tres hectáreas, cultiva algo de maíz y coca, toma chicha de maíz, trabaja como “raspachín” en otras fincas de la región y a veces como albañil en el pueblo, sus hijos están en el colegio, no ha olvidado su lengua, escucha al atardecer vallenatos y en las últimas elecciones votó por el candidato del partido liberal? Tiene la identidad de la que procedemos millones de colombianos, sólo que estamos, para el caso del Putumayo, en fronteras de colonización donde se encuentran y entremezclan grupos indígenas con sectores mestizos procedentes de diferentes partes del país, tal como ha venido sucediendo desde siglos atrás en tantas otras partes.

Los Chamí de La Cristalina no han vuelto a sembrar coca. Las 60 hectáreas que existían en la comunidad repartidas por el territorio y de propietarios particulares, fueron fumigadas por la Policía Antinarcoóticos. Por tal motivo, las abandonaron. Con posterioridad, una buena parte de los chamizos fueron arrancados mediante mingas para darle gusto a la ONG operadora de los programas de erradicación de cultivos ilícitos (la gente del Putumayo habla de sustitución). Los indígenas se han hecho muchas ilusiones con los proyectos agropecuarios de este programa. Por ello, se han dedicado a sembrar maíz, caña, yuca, pastos y plátano, no sólo para comer y comerciar, sino para atender a los cerdos, las vacas y los pollos que llegaron por parte del Plan Colombia. No obstante, una mañana de septiembre del 2002, nuevamente las seis avionetas de la policía antinarcoóticos bañaron con glifosato el resguardo de La Cristalina destruyendo todos los cultivos referidos, que se suponía, iban a permitir la transición a una economía lícita exigida y apoyada por el Estado a través del denominado Plan Putumayo.

Los Chamí, como tantos indígenas y campesinos pobres, con las fumigaciones han quedado en la miseria. Les han puesto a escoger entre la coca y la yuca, pero ambas han sido fumigadas. ¿Qué irá a pasar con ellos? ¿Volverán a migrar a otra parte del país buscando fauna silvestre y pueblos tranquilos para vender gallinas y arroz? O bien, volverán a sembrar coca, recogerán algo de plata, esperarán nuevamente las avionetas con glifosato y sembrarán nuevamente, siendo esta la única estrategia que les deja el Estado?

Nada parece predecible por ahora y lo descrito en este documento no es más que un episodio entre tantos otros que están por venir en una región donde se concentran tantas dinámicas, contradicciones y expectativas, que el año próximo el panorama social puede ser bien diferente.

Bibliografía consultada

- BELSHAW, Cyril. 1973. *Comercio Tradicional y Mercados Modernos*. Ciudad: Editorial Labor.
- CAYÓN ARMELLA, Edgardo y GUTIERREZ, Idelfonso. 1981. *Etnografía de los Embera Chamí de Risaralda*. Popayán: Universidad del Cauca, Facultad de Humanidades, Departamento de Investigaciones Sociales.
- CHAVEZ, Margarita. 2001. II Seminario Internacional sobre Territorio y Cultura. Territorio en conflicto y cambio sociocultural. Universidad de Caldas. Manizales, 23-27 de octubre del 2001. Conflictos territoriales o la política de la ubicación. Actores étnicos, re-etnizados y no étnicos en disputa por un territorio en el Putumayo.
- CHAVEZ, Margarita. 2001. *Identidades subalternas y movimientos indígenas en el Putumayo*. Bogotá: ICANH.
- COMAS, D´Argentin. 1998. *Antropología Económica*. Barcelona: Ariel Antropología.
- CUBIDES, Fernando (Jaramillo, Jaime. Mora, Leonidas). 1986. *Colonización, coca y guerrilla*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- GÓMEZ, Augusto y Domínguez, Camilo. 1990. *La Economía Extractiva en la Amazonía Colombiana. 1850 - 1930*. Bogotá: Corporación Colombiana para la Amazonía. Araracuara.
- GÓMEZ, Augusto; LESMES, Ana Claudia y ROCHA, Claudia. 1995. *Caucherías y Conflicto Colombo - Peruano. Testimonios. 1904 - 1934*. Santafé de Bogotá: Disloque Editores.
- HERNÁNDEZ, Camilo. 1995. *Ideas y Prácticas ambientales de los indígenas Embera del Chocó*. Bogotá: ICAN, CEREC
- PARDO, Mauricio. 1981. *Báubida, Los Embera del alto Río Atrato*, informe de investigación, ICAN.
- PLAN DE DESARROLLO DEL MUNICIPIO DE ORITO. 2000–2003.
- PLAN DE VIDA DEL PUEBLO EMBERA DEL PUTUMAYO. 2002.
- RAMÍREZ, María Clemencia. 2001. *Entre el estado y la guerrilla: identidad y ciudadanía en el movimiento de los campesinos cocaleros del Putumayo*. Bogotá: ICANH y COLCIENCIAS.
- ROJAS, Humberto. 1989. “La Colonización en la Selva Húmeda Tropical Colombiana”, en *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas.
- SAHLINS, Marshall. 1976. *Economic Anthropology and Anthropological Economist*. *Social Science Information*.

